

¡CÓMO SE ESCRIBE!

I.

Y no me quejo de que escriban mal, verbi-gracia, los académicos de la lengua ó los obreros de alguna fábrica de hilados de Cataluña, de quienes ya sé que no se pueden esperar primores de lenguaje; lo triste es que tampoco escriban bien algunos escritores.

Por ejemplo, un amigo mío que tiene mucho ingenio y muy brillante imaginación, y sin embargo, por falta de lectura de buenos autores, ó por sobra de lectura de autores malos, ó por devoción á la Academia, ó no sé por qué, lo cierto es que escribe medianamente.

Hace poco escribió este párrafo:

«En su corazón ha muerto ya la mujer hermosa; sólo la madre queda, y ve á su hijo y no le puede llamar, besar, abrazar, morir por él; tiene miedo de que *le* desconozca, de que *le* rechace, de que *le* in-

sulte, de que *le* desprecie, y llora y solloza y le contempla».

Todos estos *les* son ilegítimos, fuera del último. Las otras cuatro veces que dice *le* refiriéndose á la madre, debe decir *la*, y cada uno de aquellos cuatro *les* constituye un disparate solemne.

¿Por qué habrá escrito *le*?

Quizá porque la Academia manda decir *le* en los dativos femeninos, y él no se ha parado á distinguir los acusativos de los dativos.

Tampoco en los dativos femeninos se debe decir *le*, aunque la Academia lo mande; porque los más y los mejores escritores castellanos han escrito *la* en el dativo femenino; algunos siempre y exclusivamente, y otros las más de las veces.

Pero si está mal y suele producir anfibologías el decir *le* en el dativo femenino, decirlo en el acusativo es ya completamente desatinado.

Conste, pues, que el autor del párrafo transcrito debió escribir:

«... tiene miedo de que *la* desconozca, de que *la* rechace, de que *la* insulte, de que *la* desprecie, y llora y solloza y le contempla».

II.

Pues otro escritor que también es fecundo escribe todavía mucho peor que el aludido anteriormente.

Porque no se contenta con decir *le* donde debe decir *la*, sino que deshace las frases para volver á hacerlas á su modo, reforma las construcciones usuales echándolas á perder... y, en fin, que no hay posibilidad de leerle sin hallar un gazapo gramatical á cada paso.

En una novela dice:

«Nueva pausa; *se oyó dos chupadas* que á su cigarro dió el cura, y de pronto estas palabras dichas en tono resuelto, decisivo y breve.»

Pues en *tono breve*, resuelto y decisivo tengo yo que decirle á él que eso es un disparate.

Que no se dice «*se oyó dos chupadas*», ni «*se oyó estas palabras*»; sino «*se oyeron dos chupadas*» y «*se oyeron estas palabras*.»

Y cuenta que no es esto un descuido de los que cualquiera que no esté muy fuerte en el idioma puede padecer escribiendo de prisa, sino una manía ó una presunción de saber más que los otros; porque el autor del párrafo copiado siempre construye así, y aun tengo

entendido que se enfada si el regente de la imprenta se lo corrige.

Pues no señor—hay que decirle—no tiene usted razón.

Dirá usted que así construyen los franceses, y esto es verdad; pero, amigo, para eso son franceses.....

En castellano nunca se construyen esas oraciones así en impersonal, sino siempre en pasiva: «*Se oyeron dos chupadas*, es decir, fueron oídas dos chupadas.»

Los franceses pueden decir, por ejemplo, como dice Pablo Bourget en *El discípulo*: «*On doit á M. Sixte quelques frases*»; pero nosotros no podemos decir: «*Se debe á Cánovas muchos desaciertos*.»

No porque no se le deban, sino porque hay que decir: «*Se deben á Cánovas muchos desaciertos*»; es decir, «*son debidos á Cánovas*».

Los franceses pueden decir, como dicen: «*On imagine les effets*»; pero nosotros no podemos decir: *se imagina los efectos*, sino «*se imaginan los efectos*»; es decir, los efectos son imaginados.

El mismo escritor dice en otra parte:

«Y no estaban seguros de que *el peor día* no apareciese por allí.....»

Tampoco esto está bien.

Tampoco se puede decir en serio *el peor día*, para decir «cualquier día». Como se dice

es EL MEJOR DÍA, y no *el peor*. La frase recibida para significar un día cualquiera es EL MEJOR DÍA, y también se dice en el mismo sentido EL PRIMER DÍA, aunque no se usa tanto.

Los franceses suelen decir, para significar algo parecido á lo que nosotros damos á entender con EL MEJOR DÍA, *un beau jour* y *un bel jour*; por cierto que los malos traductores lo suelen traducir al pie de la letra: un hermoso día y un bello día.

Pero no es menor yerro que traducir así, escribier en castellano *el peor día*, en lugar de EL MEJOR DÍA ó EL PRIMER DÍA.

Del mismo escritor es este otro párrafo:

—¡Un cuerno me rindo yo, mi teniente!—*decía como si le fuese en ello arte ni parte*.

La frase ARTE NI PARTE, que el autor del párrafo copiado habrá oído y leído muchas veces, sólo se usa con el verbo TENER.

No tengo en ello arte ni parte... Como si él tuviera arte ni parte en eso... etc.

De este modo la frase es natural y lógica, y resulta expresiva; pero del modo que la usa el aludido escritor, con el verbo *ir*, no tiene sentido.

Porque, vamos, que irla á uno arte en una cosa!... Se puede tener ó haber tenido arte para hacer una cosa, y haberle empleado en hacerla, como se puede tener parte en ella;

pero *irle* ó no *irle* á uno *arte*, ¿qué quiere decir?

A poco que el autor de la desgraciada reforma hubiera reflexionado, se hubiera convencido de que no decía bien.

Y si ahora reflexiona, se convencerá de que no le conviene echárselas de novador, con tan mala fortuna por lo menos como se las echa de novadora una escritora muy conocida, sino estudiar el habla castellana en los buenos autores y en el uso de la gente culta, y escribirla y hablarla como la gente culta la habla y como los buenos autores la escribieron.

III.

Con motivo del ataque á mano armada que una cuadrilla de catorce ladrones ha dado en la noche del 18 del corriente á una casería en los alrededores de Valladolid, ha tenido que sufrir también el habla castellana ciertos ataques más ó menos telegráficos.

Por de pronto, los periódicos todos, con abrumadora unanimidad, han llamado á la casería *caserio*, sin razón ninguna.

Porque aquello, lo asaltado, por las señas que dan los mismos periódicos, es una CASE-

RÍA, es decir una «casa aislada en el campo, en la cual viven las personas que cuidan de alguna hacienda contigua ó cercana», como dice el Diccionario de la Academia, que alguna cosa había de decir bien, ó siquiera regularmente.

Mientras que *caserio* es, según el mismo Diccionario, que tampoco aquí dice mal, el conjunto de casas de una población; y por eso se dice que *tal* pueblo tiene buen caserio ó mal caserio, ó que tiene el caserio muy esparramado ó muy aglomerado, para dar á entender que tiene buenas ó malas casas, ó muy separadas ó muy juntas.

En el reino de León, en Castilla la Vieja, en Extremadura, en donde quiera que se hable bien el castellano, se llama casería á la casa aislada en el campo en las condiciones de la recientemente atacada por los bandidos.

En Espinama (Santander) está la *Casería de Naranco*, y todo el mundo la llama así, casería. En León están, entre otras, la *Casería de Mental* y la *Casería de Lomas*, que son del marqués de Prado, y nadie las ha llamado jamás *caseríos*. En Asturias hay muchas *carerías*, y así las llaman siempre. En Salamanca... no hay más que ver cómo concluyó Meléndez Valdés su famosa égloga *Batilo*:

«Así loando fueron
La su vida inocente

Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus corderillos;
Y yo que logré oílos
Detrás de un haya umbrosa,
Con ellos comparado,
Maldije de mi estado;
De entonces la ciudad me fué enojosa,
Y muy alegres días
Pasé en sus venturosas CASERÍAS.»

¿Qué razones hay en contrario?
Ninguna.

Que en las provincias vascongadas, donde no saben castellano, y por consiguiente cuando le hablan suelen decir las cosas al revés, llaman á la casería *caserío*.

Y se conoce que, no los corresponsales de Valladolid, que indudablemente escribirían casería, sino los telegrafistas que transmitieron los partes, ó los periodistas que los interpretaron, han ido á veranear á San Sebastián y han querido aprender allí castellano de los vascongados, á la manera como el toro aquel de la fábula de Iriarte, oyendo hablar á un papagayo,

«quiso que él y no el hombre le enseñara»,

y por eso han llamado *caserío* á la casería.
Verdad es que el Diccionario de la Academia, por no pasar mucho tiempo sin errar,

después de dar la definición de caserío, la genuina, la buena, pone las dos rayitas perpendiculares al renglón que quieren decir, «otro significado», y añade: «*casería*», dando á entender que también se usa la palabra en este sentido. Pero hay que tener en cuenta que también los académicos van á veranear á San Sebastián, y por eso ha podido uno de ellos aprender allí y añadir luego al Diccionario ese disparate.

Y lo bueno es que ni aun en las provincias vascongadas se ha llamado siempre y por todo el mundo *caserío* á la CASERÍA.

No; la gente docta allí mismo ha llamado á la casa aislada en el campo CASERÍA, como en León y Castilla.

En el *Fuero de Vizcaya*, recopilado en el siglo XVI, se lee:

«Que por cuanto en Vizcaya hay copia de muchos ganados y cría, et la tierra es derramada, e las CASERÍAS tiene cada uno por sí con sus heredades sitas en montaña y en bajo.....» Título 34, ley 1.^a

»Por cuanto en Vizcaya hay algunas casas y CASERÍAS que deben el censo..... «Título 36, ley 1.^a

»Porque por experiencia se ha visto que enagando se disminuyen las tales CASERÍAS.....» El mismo título, ley 2.^a

De modo que hasta en Vizcaya se ha dicho bien antiguamente.

IV.

Ya que hablé de Valladolid, voy á decir dos palabras de otro disparate íntimamente relacionado con la hermosa ciudad del Pisuerga.

De algún tiempo á esta parte no es posible leer un periódico que trate de Valladolid sin encontrarse con este enormísimo despropósito: *vallisoletano*.

En esto también tiene razón el Diccionario de la Academia, que dice:

«VALISOLETANO. *na* (Del lat. *vallisolanus*; de *Vallisoletum*, Valladolid.) adj. Natural de Valladolid. U. t. c. s. Pertenciente á esta ciudad.»

Aquí está perfectamente expuesto el origen, el proceso y el estado actual de la palabra. Del *Vallisoletum* latino, Valladolid, se formó el adj. latino *vallisoletanus*, *na*, *um*, escrito con dos eles, como derivado de *vallis*, *is*, pero sonando una sola en la pronunciación, porque el latín no tenía nuestro sonido de las dos eles. Este adjetivo *vallisoletanus*, *na*, *um*, latino, pasó al castellano pronunciado como en latín, naturalmente, sonando una ele sola, y, como en castellano no se escribe

por punto general ninguna letra que no haya de sonar, y como además las dos eles tienen en castellano un sonido especial distinto del de la palabra latina que se adoptaba, se la suprimió en la escritura la ele sobrante, y se escribió así: VALISOLETANO, NA.

Y así se ha continuado escribiendo hasta poco hace, hasta ayer como quien dice, que es cuando ha comenzado esa conjuración, de la cual son parte muy importante algunos regentes de imprenta, que en otras ocasiones son muy escrupulosos observantes del Diccionario; pero en ésta, que es una de las pocas en que le debieran consultar y obedecer, no le obedecen, y le plantan un *vallisoletano* al lucero del alba, si se descuida.

Cuando quisiéramos hacer un adjetivo castellano derivado del nombre castellano de la ciudad de Valladolid, tendríamos que decir sin más que cambiar la *de* final en *ce* ó en *ceda*, *valladolicense*, *valladoliceño*, *valladolizano*... Pero adoptando el adjetivo latino, derivado del nombre latino de la ciudad, adjetivo que en latín se pronuncia *valisoletanus*, es un disparate muy grande pronunciar *vallisoletano*, y otro disparate igual escribirlo.

V.

Y todavía creo que es mayor este otro, que también se encuentra en los periódicos con desconsoladora frecuencia:

El coronel *tal*, *al mando* del regimiento *cual*, ocupó *esta* posición ó *la otra*.

«El general Loma (en las últimas huelgas) sale para Bilbao, *al mando* de dos brigadas».

Esto quiere decir una cosa, y dice otra. Lo que quiere decir, ya se supone; lo que dice lisa y llanamente en buen castellano, es que el general va mandado por las brigadas; que las brigadas mandan y el general obedece.

De esto no dice una palabra el Diccionario de la Academia, y casi hace bien; porque si se ponía á explicar la frase *AL MANDO*, regularmente la explicaría mal, y para explicarla mal, es mucho mejor que no la explique.

Mas, aun cuando el Diccionario no diga nada, el uso vulgar y el de todos los escritores formales que han empleado la frase *al mando*, la dan el sentido contrario al que tiene en los párrafos transcritos.

Decir que un capitán va al mando de su compañía como se lee á cada paso en los periódicos, es un disparate tan grande como

decir que un general está á las órdenes del oficial... de órdenes.

Vamos, que ir *al mando* no es ir mandando, sino ir obedeciendo, ir bajo el mando; así como ir *á las órdenes* no es ir ordenando, no es ir dando órdenes, sino recibíéndolas.

VI.

Hay en nuestro idioma una frase muy expresiva, muy vigorosa y de sentido bien determinado. Se habla de un hombre de malas costumbres y hasta malos instintos, de un perdido, que no hay vicio á que no esté sujeto ni villanía en que no sea capaz de incurrir, y para dar á entender que es malo del todo y que no tiene cualidad buena, se dice: *NO TIENE EL DIABLO POR DÓNDE DESECHARLE*.

Pero hay otra frase con la que se da á entender también la malísima condición, la malísima calidad, el malísimo estado de una persona ó de una cosa, diciendo que *NO HAY POR DONDE COGERLA*. Para referir, por ejemplo, que una persona habló muy mal de otra, ó que juzgó muy desfavorablemente una obra de arte, se suele decir: *LA PUSO... QUE NO HABÍA POR DONDE COGERLA*.

Pues ¿qué ha hecho la ignorancia con estas

dos frases?... Confundirlas, y decir á menudo, hablando de algún calavera deshecho: *No tiene el diablo por donde cogerle.*

Ya se ve que esto es una majadería, pues cuanto más malo sea un hombre, mejor y más á gusto puede cogerle el diablo; pero es una majadería hoy muy extendida, y en la que caen hasta algunos escritores que se dejan llamar maestros y que aspiran á ciertas jefaturas literarias.

Y es claro; cuando los *maestros* escriben así, ¿qué han de hacer los discípulos?

Conste, pues, á los discípulos y á los maestros, que para dar á entender que una persona es rematadamente mala, no se puede decir que *no tiene el diablo por donde cogerla*, que esto es una barbaridad, sino que se dice que *NO TIENE EL DIABLO POR DONDE DESECHARLA*, frase gráfica y hermosa, expresión genuina de nuestro antiguo buen sentido cristiano.

Y conste que en la otra frase, también castiza, aunque no está en el Diccionario de la Academia, en la frase de *NO HABER POR DONDE COGER* á una persona ó á una cosa, no tiene nada que hacer el diablo.

VII.

También hay escritores que, no por ignorancia y desconocimiento del idioma, sino por un poco de manía de innovar y un poco de soberbia, que les hace creer que antes de venir ellos al mundo, nadie supo una palabra de nada, reforman á su modo, echándolas á perder, las frases más castizas y más usuales.

Sirva de ejemplo la tan conocida frase *NI POCO NI MUCHO*.

Hace unos días, leyendo en *El País* un artículo de crítica teatral, encontré este párrafo:

«El público no simpatizó ni poco ni mucho con la tesis de la obra.»

Perfectamente. Así es como se ha usado siempre la frase *NI POCO NI MUCHO*, tan castiza y tan popular que todo el mundo la conoce y la emplea.

Pero este párrafo me recordó que una insigne escritora contemporánea se ha empeñado en quitar á dicha frase el primer *ni*, creyendo que sobra.

Y ha tomado la reforma con tanto calor, que, por ver de popularizarla, vamos, por ver si la gente se acostumbraba á decir ó escribir la frase sin el primer *ni*, la usa ella con mucha frecuencia, aunque no pegue.

«...No me inquietaba poco ni mucho», dice ella, echando á perder la frase y quitándola su verdadero sentido.

Como que, á la mitad de la lectura, la frase reformada por la aludida escritara parece que dice lo contrario de lo que quiere decir realmente.

Al leer: *atal cosa no me inquietaba poco...* lo primero que se entiende es que la inquietaba bastante; y luego, cuando se lee *(ni mucho)*, hay que corregir el primer juicio.

Mientras que en la frase castiza, sin reformar, tal como la escribió en el párrafo citado el crítico de *El País*, y como la han escrito y la dicen todos los que viven sin afán de ser reformadores, no se da ni un momento de mala inteligencia.

«El público no simpatizó con la tesis...» proposición negativa que tiene sentido completo. Y luego, para dar mayor fuerza á la negación, se añade: NI POCO NI MUCHO, manera elegante y vigorosa de decir: nada absolutamente.

Hay otros que, sin ir tan adelante en la reforma como aquella escritora, sin suprimir nada de la frase, invierten sus términos, y

dicen: *ni mucho ni poco*, creyendo que es más lógico y ordenado, tratándose de negar por completo la existencia de una cosa, negar primero que exista en cantidad grande y concluir por negar que exista aun en cantidad pequeña.

Tampoco éstos tienen razón, por más que su reforma no sea tan desatinada como la precedente.

Y no tienen razón, porque no la hay para quitar á nuestro idioma sus rasgos geniales y sus bellezas, á pretexto de dar á esta ó á la otra frase más método y más lógica.

Las frases no se reforman: se emplean, cuando vienen á pelo, tal como las ha recibido el uso; *quem penes arbitrium est...* etc., que nos dijo Horacio.

VIII.

Así como así es otra frase muy castiza, pero muy desgraciada, porque casi nadie la emplea bien.

Casi nadie entre los escritores, porque lo que es el pueblo la sabe emplear perfectamente.

Y hasta la Academia, por raro que parezca

el caso, anda cerca de darla en el Diccionario su verdadero sentido.

Pero la generalidad de los que escriben emplean esta frase, ASÍ COMO ASÍ, en el sentido de *fácilmente*, confundiéndola con otra frase, la de ASÍ COMO QUIERA, lo cual es un verdadero desatino.

Para dar á entender que una cosa no se hace con facilidad, se dice: NO SE HACE ASÍ COMO QUIERA.

En el Diccionario no se halla esta frase; pero eso no quita que sea de buena ley y que se use mucho.

Ahora, el decir en el mismo sentido *tal cosa no se hace así como así*, es un disparate, que no deja de serlo por muchos que sean los que lo digan.

Bretón de los Herreros, que tenía talento y vis cómica, pero que no conocía bien el castellano, escribió en *El pelo de la dehesa*:

—Cosas de *así como así*;
mas cuando él recapacite
que no estamos en Belchite..
—Ya sé que estamos aquí.

No es fácil adivinar por qué llamó Bretón cosas de *así como así* á las cosas de don Frutos, como no fuera por el consonante. No es fácil conocer el sentido que quiso dar á la frase ASÍ COMO ASÍ en el pasaje copiado; lo

que se conoce desde luego es que no la dió su sentido propio.

Que es el que la había dado don José Iglesias en aquel epigrama que dice:

Un médico en una calle
el santo suelo besó,
es decir, que se cayó
de su mula alta de talle.

Empezábale á zumbar
la gente que andaba allí,
y él dijo: ASÍ COMO ASÍ,
me iba yo luego á apear.

Los académicos, que han debido de tener presente este epigrama, traducen el ASÍ COMO ASÍ por *de todos modos*.

No está del todo bien la traducción, pero anda cerca.

ASÍ COMO ASÍ, en el sentido que lo usa Iglesias, que es el sentido castizo y popular, no quiere decir *de todos modos*; quiere decir *cabalmente, precisamente, justamente*, y ahí está la gracia del epigrama.